



La ciruela de Salvador Lemis.

La ciruela

Salvador Lemis

Ediciones El Milagro
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

LA CIRUELA

Diseño y coordinación editorial:
Victor Manuel Mendiola
Fotografía de Diana Tovar

Primera edición, noviembre 2005

© Salvador Lemis
© Arte y Escena Ediciones
Manzanillo 154 P.B.
Colonia Roma Sur
06760 México, D.F.
correo@edicioneselmilagro.com.mx
www.edicioneselmilagro.com.mx

Coedición:
Arte y Escena Ediciones, S.A. de C.V. /
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes,
Dirección General de Publicaciones

ISBN: 970-9912-07-0 (Arte y Escena Ediciones)
ISBN: 970-35-0851-0 (Conaculta)

Todos los derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
Obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento
informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de El CO-
NACULTA/Dirección General de Publicaciones y Arte y Escena Ediciones, S.A. de C.V.

Impreso y hecho en México

A mi hermana Olema

PERSONAJES

MANUEL: hermano

ANA: hermana

SALVADOR: hermano

MARCELO

ESPACIO

Delimitado por la luz. Posibilidades de transformación. Puede recurrirse a un naturalismo grosero o a los extremismos post-modernistas. Se sugiere una mesa larga, una cena auténtica y bebidas. Atmósfera intimista y de sosiego.

Ana y Manuel llegan de la calle. Fatigados. Son muy extravagantes. Cargan bolsos de todos los tamaños. Ana permanece con su sombrilla abierta. Llevan lentes oscuros. Es la ciudad blanca de Mérida, en Yucatán, a fines del siglo XX.

PRIMER ACTO

CUADRO I

ANA: ¿Qué día es hoy?

MANUEL: Domingo.

ANA: Quiero decir: ¿a cuánto estamos?

MANUEL: No sé. El calendario...

ANA: No importa. Está bien. ¿Es domingo?

MANUEL: Ahá.

ANA: Por eso había tanta gente en la calle. ¿Crees que venga?

MANUEL: Vendrá. Bueno, no puedo afirmarlo.

ANA: Otros han venido.

MANUEL: Otros son otros.

ANA: No sé qué pensar.

MANUEL: Lo primero, cierra la sombrilla. Da mala suerte.

ANA: Supersticioso.

MANUEL: Bastante esfuerzo hago por mantener la buena suerte.

ANA: Trae todo para la cocina. Esos mercados son una calamidad. No se puede invitar a comer a alguien.

MANUEL: Olvidé el periódico.

ANA: Ya sabes lo que pienso respecto a eso. ¿Qué hora es?

MANUEL: Diez de la mañana.

- ANA:** El sol era de las doce. ¿Me vas a ayudar en lo de la cena?
- MANUEL:** Ana, por favor. Pensaba salir hasta el puesto. Pero hay tanta gente en la calle que...
- ANA:** Anda, no seas malo con tu hermana, al menos me ayudas a desescamar el pescado. ¿Quieres?
- MANUEL:** ¿Quién se te resiste?
- ANA:** Esto para allá. Oye, Manuel, ¿no te asustaste ni un poquito al encontrarlo así, de pronto, por una calle, en esa Terminal...?
- MANUEL:** No.
- ANA:** Eso porque te quedaban esperanzas. Fue bueno... No sé qué decirte, realmente.
- MANUEL:** Eres atrevida.
- ANA:** Cuando me propongo una cosa... Tenía tantos deseos de volverlo a ver.
- MANUEL:** Qué más da.
- ANA:** Arriba esos ánimos, hombre. Mira, ya tenemos algo en qué ocuparnos hoy. Hay que hacer como en la Isla de Montecristo: deslumbrarlo.
- MANUEL:** ¿Con qué contamos? (*Descubriendo la mesa.*)
- ANA:** Cada año que pasa te vuelves más belicoso. ¿No confías en mí? Puedo tocar los granizos y convertirlos en piedras preciosas. ¿Ves este pescado? En un par de horas va a oler a faisán.
- MANUEL:** ¿Conseguiste las botellas de vino?
- ANA:** Vino y ron.
- MANUEL:** ¿Caras?
- ANA:** Cosa nostra.

- MANUEL:** Una celebración por todo lo alto.
- ANA:** Se lo merece.
- MANUEL:** No tanto.
- ANA:** ¡...Cómo te cuesta decir lo que piensas! Marcelo es tu Marcelo y mi Marcelo. ¿Crees que no he pegado el oído a tu boca mientras duermes? Limpia el polvo de las botellas.
- MANUEL:** Exagerada. (*Pausa.*) Ana, ¿te acuerdas de aquel que era epiléptico y le dio el ataque en la mesa?
- ANA:** ¡Dios mío! Casi me mata del corazón.
- MANUEL:** A veces creo que hay tantos desgraciados en Mérida.
- ANA:** ¿Te parece bien este mantel rosa? (*Cubre la mesa.*)
- MANUEL:** Oh, no querrás forrar una cuna para un niño muerto.
- ANA:** Mira éste. Tiene estampados. (*Idem.*) Esas flores dan mucho apetito.
- MANUEL:** Asfixiante. Vamos a estornudar toda la noche.
- ANA:** ¿Violeta? (*Idem.*)
- MANUEL:** Grotesco.
- ANA:** Blanco. Un altar. (*Idem.*) ¿Cómo lo ves, inconforme?
- MANUEL:** Mucho mejor. Le irá bien a tu vestido rojo.
- ANA:** Y a tu traje negro, amor.
- MANUEL:** ¡Abajo la frivolidad! No hay que perder el tiempo.
- ANA:** ¿Conseguiste las flores?
- MANUEL:** De todos los tonos, ¡la mejor de cada corona!

- ANA:** Las rojas en la mesa, las blancas en la jardinera de la entrada y las amarillas en tu cuarto, en el florero de Rita.
- MANUEL:** Como disponga, princesa. Todo se hará como en un templo, él será nuestro dios descabezado.
- ANA:** No delires, delfín. Esta sala en un par de horas debe tener el espíritu de Versalles.
- MANUEL:** No lo dudo, todas tus dulces secreciones en función de embrujar a la presa.
- ANA:** ¿Estás celoso?
- MANUEL:** Jamás nos pondremos de acuerdo, a pesar de todo. *(Pausa.)* Solos no somos nada, amor. No lo olvides.
- ANA:** Te pones pedante, mejor fuera no recibir visitas. Quedar solos, mirándonos las caras y servir cada día nuestras propias vísceras en las porcelanas de la abuela.
- MANUEL:** Ya no nos quedan vísceras por comer. Creo que precisamente por eso hay que tener invitados.
- ANA:** Por Dios, Manuel, un minuto de paz. No quiero que el pescado me quede con sabor a cadáver.
- MANUEL:** ¡A la cocina, entonces! Cebolla, sal y tomate, la alquimia monástica de nuestros deseos perdidos.
- ANA:** Esta noche comeremos en familia.

CUADRO II

- ANA:** Manuel, ¿has visto mi vestido rojo?
- MANUEL:** La última vez estaba paseándose por el parque de Santa Lucía.
- ANA:** Por favor.
- MANUEL:** Te lo acerco.
- ANA:** ¿Dónde lo hallaste?
- MANUEL:** Junto a los disfraces, las guayaberas. En un armario.
- ANA:** ¡Qué vergüenza! Huele a ti.
- MANUEL:** Es alcanfor.
- ANA:** ¿Piensas que Marcelo lo note?
- MANUEL:** Si no le han quemado el hocico...
- ANA:** ¿Tú crees?
- MANUEL:** Hay tantos desalmados.
- ANA:** ¿Me eliges el collar?
- MANUEL:** Ana, esa ropa interior...
- ANA:** ¿Qué tiene de particular?
- MANUEL:** Escandalosa.
- ANA:** Revive ilusiones.
- MANUEL:** Todavía te conservas.
- ANA:** Cintura. Busto. Carnes. ¿Me ayudas a abrocharla?
- MANUEL:** Aguanta la respiración.
- ANA:** Es lo que hago día tras día.
- MANUEL:** No pensarás ponerte ese sombrero.
- ANA:** Es el último grito, amor.
- MANUEL:** Un alarido, ¿no?

ANA: Te demoras mucho. ¿Vas a andar en esos calzoncillos toda la noche?

MANUEL: ¡Fred Astaire Star! Nadie se ocupa de mí.

ANA: Ven, pequeñín. ¿Cuál corbata?

MANUEL: No sé.

ANA: Lenguas burlonas. Lenguas consentidas. Lenguas mordaces.

MANUEL: ¿Me disfrazo de enterrador o de barman?

ANA: Escoge el de las pompas fúnebres. Es más chic.

MANUEL: ¡Uf, qué calor! (*Se anuda tres corbatas a la vez.*)

ANA: Estás delgado. Esas dietas forzadas.

MANUEL: Siento nostalgia por los taparrabos.

ANA: ¡Pero cuánta elegancia en un solo hombre!

MANUEL: ¡Oscar Wilde! *Children on my feets!*

ANA: ¿Y qué de mí? ¿Te luzco apetitosa?

MANUEL: Eso no tengo que decirlo propiamente yo.

ANA: ¿Quién?

MANUEL: Él. Marcelo.

CUADRO III

ANA: ¿Has oído unos toques en la puerta?

MANUEL: No me pareció.

ANA: Ve a ver.

MANUEL: Te he dicho que nadie ha tocado.

ANA: Por favor, ve. No he terminado el maquillaje.

MANUEL: Como quieras. Te vuelves tan empecinada. ¡Ya va! (*Abre.*)

MARCELO: Buenas noches. Me había perdido. Además, tenía cierta vergüenza.

MANUEL: ¡No, hombre, si te estábamos esperando!

MARCELO: ¿Es un poco temprano? ¿Un poco tarde?

MANUEL: Vamos. Ya estás en familia.

MARCELO: Esas calles... Me había olvidado del calor yucateco.

MANUEL: Esas calles son un laberinto. Oscurísimas. Pero no creas que hay peligro por ahí. Los ladrones ya no asaltan a nadie. Saben que todo el mundo anda con los bolsillos vacíos.

MARCELO: Traje estas flores para tu hermana.

ANA: Bienvenido, Marcelo. Eres muy galante. ¿Cómo te has molestado? No vale la pena molestarse por mí. ¿Me besas la mano? Soy un poquitín anticuada, ya te habrás percatado. Me arrebatan estos sombreros. No lo mires así. Todas las turistas los usan.

MARCELO: Se le ve bien.

MANUEL: Pasa, pasa, ¿me das la mochila?

ANA: ¿Te vas a la guerra? ¡Qué mochila tan pesadota! Todos se van. Cuando los hombres regresen de la guerra, sabremos qué es lo que fueron a buscar.

MANUEL: ¿Te gusta nuestra casa?

MARCELO: Sí, no está mal.

ANA: Es un museo.

MARCELO: Tenebroso, ¿no?

MANUEL: A medianoche las cortinas parecen vivas y las cadenas se arrastran como lombrices.

ANA: Un horror. Pobrecito Marcelo, estás asustado. Ven, ven, ven. A tu sitio de honor. Este viejo colmenar no tiene por qué impresionarte tan pronto. ¿Así lo recordabas?

MANUEL: ¿Qué quieres beber?

MARCELO: Algo fuerte.

ANA: ¿Cicuta?

MANUEL: ¿Ron?

MARCELO: Sí.

MANUEL: ¿Ron o cicuta?

ANA: Deja, Manuel, yo lo busco. Pueden conversar.
(*Mutis.*)

CUADRO IV

MANUEL: Pensamos que habías conseguido pasaje, que... que te habías ido para la ciudad de México.

MARCELO: ¿Sabe? Me regalaron un boleto. Pude haberme ido en el primer tren. Tengo competencia de natación en Veracruz. No quise irme. Después de todo, esto sucede cada cien años. No sé. Usted me comprende. La curiosidad.

MANUEL: Tienes que tutearme. Ésa es la primera regla. No somos unos extraños, entiéndelo. Ana y yo somos tus amigos, sólo eso, tus amigos.

MARCELO: Es un poco molesto.

MANUEL: Te acostumbrarás. ¿Leíste las instrucciones?

MARCELO: Sí.

MANUEL: ¿Las memorizaste?

MARCELO: Todas.

MANUEL: Gracias, amigo. Eso hará mucha ilusión a mi hermana.

MARCELO: Pude haberme negado.

MANUEL: Lo sé. Estás casi a tiempo. ¿Te arrepientes?

MARCELO: Ya no puedo.

MANUEL: Esta Mérida tiene sus encantos.

MARCELO: ¿Te gusta vivir aquí?

MANUEL: El mundo olvidado, inútil; la atmósfera provinciana, opresiva; la lentitud; los chismes de barrio. Sí, me gusta.

MARCELO: ¿Por qué invitan a desconocidos?

MANUEL: No debieras preguntarlo. Eres tan joven. ¿Por qué invitamos a un cualquiera? ¿Qué contestarte?

MARCELO: Todavía estoy sorprendido. Yo, sucio, desgreñado, discutiendo en aquella terminal de trenes... aparece un par de raros con la invitación más inverosímil que pueda hacerse... y de pronto, me veo enredado en una telaraña loca.

MANUEL: Un poco más de respeto. No le llames así a nuestros recuerdos familiares.

MARCELO: Me caes simpático. Hasta me parece... Dime la verdad, ¿tu hermana no está un poco pasada?

MANUEL: Ella sabe muy bien lo que hace.

MARCELO: ¿Y qué hace? ¿Me lo puedes decir?

MANUEL: Fantasea.

MARCELO: Aceptable. ¿Conmigo?

MANUEL: Fuiste el elegido. Es una casualidad. Te le pareces mucho. Para ser más exacto: no te le pareces en nada. El tiempo pasa y envuelve y cruza y trastoca. El verdadero se desdibuja como un graffiti en el muro. Sus rasgos ya no son los mismos. Ni los ojos, ni los hombros, ni el color del pelo. Ni siquiera el color del pelo. Ana piensa que te le pareces mucho. Mejor para ella, sabe guardar ilusiones.

MARCELO: ¿Por qué lo hacen entonces?

MANUEL: Hay cosas que no se pueden decir. No porque se callen las respuestas sino porque no existen. Te puedo decir que somos un par de extravagantes que nos complacemos con la credulidad ajena. ¿Te convence eso? Hay un detalle: Ana está enferma, ciertamente, pero no del cerebro, sino del corazón.

CUADRO V

ANA: (*Entra.*) ¿De qué estoy enferma, Manuel? No creas en lo que dice, Marcelo. Un día me inventa un cáncer, el otro hemorroides. Mi corazón tiene una coraza o tal vez un cinturón de castidad.

MANUEL: Todo lo que se guarda bajo cierre metálico termina por apestar.

ANA: Por eso mismo te tengo encerrado. ¡Aquí está el ron! Dos straight.

MANUEL: ¿Lo estabas fabricando?

ANA: ¿Qué te pasa conmigo? Me ha costado un trabajo enorme sacar ese corcho. ¿Cuántas vueltas te ha dado este hermano mío para que me veas odiosa, calculadora y fría?

MANUEL: Mi trago... helado. A la roca. Cuando ves a alguien se te olvidan mis gustos.

MARCELO: Gracias.

ANA: ¿Has leído la inscripción de la entrada?

MARCELO: No.

ANA: Eres poco curioso.

MANUEL: No pienses que reza: "Perded toda esperanza".

ANA: Es el nombre de esta villa. Abuela Nina lo inventó. Se llama "Torre de Marfil".

MANUEL: ¿Hueles? ¿No hueles, Marcelo? Qué delicia.

MARCELO: Huele muy bien.

ANA: ¡Oh, se me quema! Permiso. (*Mutis.*)

MANUEL: ¡A tu salud!

MARCELO: Y a la tuya.

CUADRO VI

MANUEL: ¿Te gustan los discos viejos?

MARCELO: Eso depende.

MANUEL: Aquí tengo una joya de Manzanero. Escucha. Me hace llorar.

MARCELO: ¿Qué es?

MANUEL: A ver si lo reconoces.

Los dos escuchan.

MARCELO: Francamente, no sé.

ANA: *(Entra.)* ¿Me ayudan a poner la mesa? ¡Qué par de machistas! Hoy es una noche especial.

MARCELO: ¿Qué es?

MANUEL: Te quedas con el misterio.

ANA: Otra vez ese disco. Manuel, ya se hace molesto. Eres tan melodramático. Lo llevas en la médula.

MANUEL: El melodrama vuelve a ponerse de moda.

ANA: Tenías que haber nacido en Buenos Aires.

MANUEL: Yo tenía que haber nacido en cualquier parte...

MARCELO: ¿Te ayudamos, Ana?

ANA: Por favor. Tú eres más comprensivo. A eso le llamo cortesía rediviva.

MANUEL: ¿Traigo los cubiertos?

ANA: No hacen falta. Comeremos con las manos.

MANUEL: ¿Estás hablando en serio?

ANA: Es una receta polinesia. Se debe comer a la orilla del mar. Las olas, los bichos, la luna... Busca las fuentes y los platos.

MANUEL: ¿Los del escudo?

ANA: No, no. Los de barro. Vamos a recordar ancestros. ¿Me ayudas con las otras cosas, Marcelo?

MARCELO: Como digas.

ANA: Qué fácil se pasa del machismo al servilismo. Inaudito.

MARCELO: ¿Qué hago?

ANA: A la cocina. No, no, ve tú delante. Quiero verte de espaldas.

MARCELO: OK.

ANA: Esta noche no la vas a olvidar. Eh, Manuel, a ver si cambias esa música. Aquí no se ha muerto nadie.

CUADRO VII

Ponen la mesa para doce comensales. Flores. Al centro, unos frascos con fetos humanos en formol. Comen.

MARCELO: Ya nadie hace comidas así.

ANA: ¿Tú crees?

MARCELO: El pescado está riquísimo.

ANA: Y eso que no estaba muy fresco. Dicen que es de hielos perpetuos. Congelado.

MARCELO: Eres buena cocinera.

ANA: Nadie me lo dice.

MANUEL: *(Susurra.)* Tan puta.

MARCELO: ¿Te gusta?

MANUEL: Vivo diciéndoselo. Vivo para decírselo. Vivo para ella.

ANA: Un día lo freiré a él, Marcelo. Quedará con el pellejo dorado, dorado y luego lo acostaré aquí, desnudo.

Desnudo a la parrilla... ¡Y me lo como! Trozo a trozo.

MANUEL: ¿Más vino blanco?

MARCELO: Por favor.

ANA: ¿Te gustaría, hermanito?

- MANUEL:** No insistas, Ana. Llegas a ponerte realmente pesada.
- ANA:** Enséñale la cicatriz.
- MANUEL:** ¿En la mesa? Es una descortesía.
- ANA:** Vamos.
- MANUEL:** Mira, Marcelo. Aquí, en la pelvis.
- MARCELO:** ¡Dios santo!
- ANA:** Una quemadura.
- MANUEL:** Fue culpa de ella. Escondió la plancha ardiendo debajo de las sábanas. ¿Cuándo fue eso, Ana?
- ANA:** Uhhh, muchísimo tiempo. Ya tú no existías, Marcelo. *(Pausa.)* Ah, perdón, no, no... No hagan caso. Estoy despistada.
- MANUEL:** Al acostarme bocabajo me quedé prendido a la plancha. Una mordida.
- MARCELO:** Horroroso.
- ANA:** El pedazo de carne chamuscada. Mamá tuvo que limpiarla con un trapo húmedo. Por favor, ¿alguien me acerca las frituras?
- MANUEL:** Aquí tienes.
- ANA:** ¿Te han gustado las frituras, Marcelo? ¿De qué hablaba? Ah, la broma aquella. Después parecía tener gusanos. Todas esas hilachas de grasa.
- MANUEL:** Tardó tanto en curarse que mamá pensó que yo tenía azúcar en la sangre. ¡Ana, mira, le han quedado unas estrías coaguladas al pescado!
- ANA:** Te dije que lo limpiaras bien. *(Transición.)* No importa, así alimenta más.

CUADRO VIII

Comen en silencio. Ana eructa y ríen. Ana lleva un plato de comida hasta una camita del rincón. Despierta a un muchacho y se lo ofrece. El muchacho arranca una tela adhesiva de sus labios y come con voracidad.

- MARCELO:** ¿Quién es?
- MANUEL:** Salvador, nuestro hermano más pequeño.
- MARCELO:** ¿Salvador? ¿Está... enfermo?
- MANUEL:** Mamá lo internó muy jovencito, casi un niño. Fue una lástima. Esas escuelas militares... un desastre. Nosotros no queremos internarlo ahora en un manicomio.
- ANA:** El pobre, bastante tuvo con esa beca. A veces se nos olvida. Es un ángel, pero tiene que comer.
- MARCELO:** Llámalo para que comparta con nosotros. ¿Va a seguir durmiendo?
- ANA:** Sí, sí, siempre. Ah, pero déjalo, no te preocupes. En realidad no está ahí. Quiero decir: no existe.
- MARCELO:** Salvador.

El muchacho lo observa como a través de cien cristales. Ana vuelve a la cama, le cambia el calzoncillo y las sábanas. Lo acuesta y le da unas pastillas, regresa silenciosa a la mesa. Quedan sumidos en un letargo. Beben de vez en vez.

Final del primer acto.

SEGUNDO ACTO

CUADRO IX

MANUEL: Bueno. Aquí no se ha muerto nadie. Ana, al menos sonrío.

ANA: Ah... risas, muecas, rictus, guiños, las expresiones para defenderme.

MANUEL: Boba.

ANA: El corazón está en un lugar muy oscuro, Marcelo. ¿Sólo por ese motivo no me darías un beso?

MANUEL: El vino desarrolla su lascivia. Cuidate de ella.

MARCELO: ¿Un beso?

ANA: Así no. No seas canalla. ¡Tan cobarde que me ha salido! Un beso de amor. ¿Es tan difícil ya ofrecer un beso de amor?

MANUEL: Dale otro, a ver si se calma.

ANA: Qué delicia. Joven, ¿nadie te ha dicho alguna vez que pareces un héroe de la guerra de las galaxias? Besas tan suavemente. Debo estar trastornada y no lo sé. El amor sigue siendo como hace cien años. Una verdadera porquería.

MANUEL: Lo que hace con las manos, lo destroza con las palabras.

ANA: Ahora yo te beso a ti, Marcelo. Es lo que puedo ofrecerte por ahora. (*Lo besa.*) ¿Te gustó?

MARCELO: No está mal.

ANA: ¿Te gustó?

MARCELO: Sí.

ANA: ¡Qué lástima! Me parecías tan impenetrable. Ahora te has dejado inocular mi veneno. Nuestro veneno, ¿verdad, Manuel? Si tenemos la misma sangre tenemos igualmente la misma ponzoña. Yo amo las estatuas, las cagan los pájaros, las mutilan los pervertidos, los gobiernos las echan abajo, pero nadie es capaz de atravesar su piel de mármol.

MANUEL: Bueno, bueno, Ana, ni un discurso más al oído de este muchacho.

ANA: No es obligatorio oirme. ¿Sabes, Marcelo, que aunque me veas así, cómo decirte... escéptica, yo he estado enamorada? No me mires de esa manera, Manuel. Unas cuantas veces. He perseguido muchos de oro y muchachos de cristal y hasta de cera virgen. Un fracaso. Siempre me descontenta algo.

MANUEL: Demasiado exigente.

MARCELO: Puede ser.

ANA: Tú podrías haber sido perfecto.

MANUEL: Cuando Ana dice eso de alguien hay que esconder los cuchillos y las tijeras.

MARCELO: ¿Qué te descontenta de mí?

ANA: ¿Te lo digo? Esa belleza bruta. Esas manos, ese cuello de macho, ese bulto de semental.

MARCELO: Nada más lejano de mí.

ANA: ¿Me creíste? No era eso. Me descontenta que no desfallezcas ante mis pechos. Son unos premios y no desfalleces ante ellos. ¿Qué crees, Manuel?

MANUEL: Cualquiera pudiera morirse por ti, Ana. Eres muy bonita.

ANA: Y este tonto no lo hace. No quiere morirse.

MARCELO: Yo... yo no quiero resultar pesado, pero...

MANUEL: ¡Se ruboriza! Está jugando contigo. ¿Le crees todo lo que dice?

ANA: ¿Qué te parezco?

MARCELO: No sé. Quizá no te he mirado bien.

ANA: No te esfuerces por parecer sincero. Aquí nadie lo es, querido. Si crees que parezco una hembra de orangután, no me lo digas.

MARCELO: Eres como una actriz.

ANA: Lo dijiste demasiado rápido.

MANUEL: Con todo lo que hablas le das tiempo a la gente a pensar sus cosas.

ANA: ¿Sabes? Una vez intenté serlo verdaderamente. Convertirme en diva. Un fracaso.

MARCELO: ¿Falta de condiciones?

MANUEL: Nada de eso.

ANA: Nada de eso, nada de eso. Quería desandar caminos. El teatro callejero no existe. Los carromatos están prohibidos. Los saltimbanquis de las plazuelas pasaron a mejor vida. El teatro vernáculo, a la porra. ¿Qué queda?

MARCELO: ¿Qué queda?

ANA: Aficionados. Millones, como una colonia de piojos. Desastroso. Jóvenes que quieren ser actores en cuanto les cambia la voz. ¿Y qué se logra?

MARCELO: En fin.

- ANA:** Que se me quedó el demonio en el cuerpo.
- MARCELO:** ¿Nunca pudiste?
- ANA:** Quería ser Blanche Dubois y me ofrecían una campesina cuyo único conflicto era dejar de ser mestiza para convertirse en proletaria.
- MARCELO:** ¿Eso?
- ANA:** Manuel y yo somos una Compañía. Hemos preferido jugar a mentirnos. Mentira tras mentira podemos hacernos felices. Ése es nuestro Gran Teatro del Mundo.
- MARCELO:** ¿Juegan a engañarse?
- MANUEL:** Ahá.
- MARCELO:** ¿Qué placer puede haber en eso?
- ANA:** Oh, muchos. No lo sabes bien. Es la nueva dialéctica.
- MANUEL:** Pregunta cualquier cosa que comprometa a alguien. Ve por la calle, detienes a alguien y le preguntas... Te van a alejar con una mentira. Le dices a uno: ¿sientes todo el placer del mundo en una cama? ¿Gritas cosas absurdas por obligación? ¿No tienes miedo a lo que va a pasar mañana? ¿No has sentido ganas de asesinar a alguien que te acompaña a todas partes? Siempre pensarán antes de decidirse a mentir. Y siempre van a mentir. Ana y yo no hacemos sino reconocer que estamos engañándonos.
- MARCELO:** ¿Y son de verdad felices así?
- ANA:** Sí, muy dichosos.
- MANUEL:** ¿Ves? ¿Ves, Marcelo? Te ha mentido otra vez.

CUADRO X

- ANA:** Se me ocurre... ¿Dónde está el cofrecito de terciopelo negro? Debe estar por aquí. Manuel, ¿no lo habrás tirado, eh?
- MANUEL:** Siempre desconfiando de mí.
- ANA:** No es eso. La caja... ¡Justo aquí aparece! ¿Qué iba a enseñarte? Uhm, ¿para qué la quería?
- MARCELO:** La carta.
- ANA:** ¡Eso! La carta. Entre tantos papeles... ¡Uh, cuántos recortes de periódicos! Son de Manuel. Una sarta de mentiras.
- MANUEL:** Un día la van a quemar. Como en el Medioevo.
- ANA:** Escuchen. ¿Para qué recortas esto? (*Lee noticias reales.*) “La fábrica de tequila sobrecumple su plan económico del año. Fueron galardonados los obreros que merecían...” Me río de eso. “Fallece Mario Moreno ‘Cantinflas’. El gran cómico mexicano...” Sensacionalismo. “Exposición de joven pintor registra éxito de público en galería de arte de Monterrey...” ¿A quién puede interesarles, señores, la cultura o el comercio? ¿A quién? Respuesta número uno: a todo el mundo. Respuesta dos: a unos pocos interesados. Respuesta tres: a mí.
- MANUEL:** ¿Estás mareado, Marcelo?
- MARCELO:** Se cree que está en un escenario.
- ANA:** ¿Qué murmuran de mí? Ah, un poema de cuando era niña. Se lo escribí a Manuel. No pienses que voy a leértelo. Sería una desvergüenza.

MARCELO: ¿Y la famosa carta?

ANA: Pobrecito, estás aburrido. Es tan tedioso hurgar en el nido de las ratas. No entiendo, esa carta ya tenía que haber aparecido. No me explico dónde puede estar.

MANUEL: Deja, Ana. Yo la tengo.

MARCELO: ¿Tú?

ANA: Manuel. Traéla.

MANUEL: Está allí, detrás del portarretrato.

ANA: Ah, Marcelo, este hermano mío me deja siempre en desventaja. ¡Aquí! Está muy amarillenta. Nada, lo que dice son tonterías.

MARCELO: Lee un pedazo.

ANA: No sé si deba.

MANUEL: Acaba de leer.

ANA: “Anita:

Ayer me dejaron salir en patines. Estuve toda la mañana en la Plaza de las Tres Culturas. Tengo unas almendras verdes para ti. Después te las doy. Mi mamá me ha dicho que pronto nos vamos muy lejos de aquí, ya no sé qué quiso decir. Si vieras cómo me raspé la rodilla, eché sangre y todo. Los muchachos del barrio me persiguieron. Ya sabes. Dile a Manolito que se quede con el juego de armar y que me perdone por lo de la otra noche. Siguen sin dejarme ir a tu casa, aunque haga berrinches y todo eso. La gente nos tiene odio. Dicen que papá es uno de los culpables de quién sabe qué que puede pasar en México. Las almendras te las dejo en el escondite sin que me

vean. Dice mi papá que voy a viajar en avión. ¿No te alegra eso? Yo me voy a acordar mucho de ti. Me estoy leyendo un libro y la muchacha se parece a ti. Es un poquito entretenida. Se llama Wendy...”
Y así sigue, tonterías. Fue una mala época. Cuando puedo pedir un deseo, pienso: ojalá no vuelvan las malas épocas. Que no vuelvan.

CUADRO XI

MANUEL: Nuestra familia era muy numerosa. Sólo quedamos Ana y yo.

ANA: Unos emigraron al norte... Otros perdieron sus propiedades y se volvieron locos; en fin, que el único patrimonio que nos queda es este muestrario de fenómenos.

MARCELO: ¿Un álbum?

ANA: Vengan, uno a cada lado. Serenidad. Crucen los dedos, rieguen flores de ajo... relicarios de plata.

MANUEL: Ése soy yo. Un bebé adorable.

ANA: No eres tú, es el abuelo Ladislao.

MANUEL: Cuando el abuelo nació, no existían ni los daguerrotipos.

ANA: ¡Miren!

MARCELO: ¿Quién es?

ANA: La tía Lupe. Se hacía unos moños estrafalarios. Era peluquera. Terminó clavándose las tijeras en el vientre porque no podía parir.

MANUEL: A mí me quiso mucho.
 ANA: Tío Pancho. Fíjate qué bigotes tan engominados.
 MANUEL: Un pervertido.
 MARCELO: ¿Qué hacía?
 MANUEL: Era maníaco.
 ANA: Cuentáselo.
 MANUEL: Mamá lo sorprendió mordiendo los dedos de Ana en la clase de piano.
 ANA: Trabajó para los federales. Y después...
 MANUEL: Yo lo admiraba mucho: sabía pilotear aviones.
 MARCELO: ¿Y ese chino?
 ANA: El lavandero de la familia. Simpatiquísimo.
 MANUEL: Le dio esos cinco chinitos a tía Esperanza. Quedan sobrevivientes por la Calle de Dolores, ¿no, Ana?
 ANA: Me parece.
 MARCELO: ¡Una enana!
 ANA: ¿Te gusta? Es Lucy, mi prima. Hacía piruetas en los vodeviles. La envidia, era la mancha de la familia.
 MARCELO: ¿Qué fue de ella?
 ANA: Se hizo estrella entre los tilicheros de Cholo. Al caerse el teatro no supimos nunca más su paradero.
 MANUEL: Un misterio. Cuentan que se enroló en la compañía del Tropicana.
 ANA: ¿Allí contratan enanitas?
 MARCELO: No sé.
 ANA: Ésa era la abuela.

MANUEL: La abuela. Uno dice la abuela y es como si fuera a salir por esa puerta, abanicándose, comiendo panuchos, secándose con el mandil...
 ANA: Era la mujer más buena del planeta, Marcelo, nunca nos regañaba ni permitía que nos pegaran. Todo el mundo tenía que contar con ella. Hacer una salsa, la limpieza del verano, entallarse un vestido...
 MANUEL: Nació en Tizimín, aunque sus padres eran de las Islas Canarias. ¿Sabes lo que hacía? Calentaba unos alfileres al rojo vivo y se los pegaba en la cara. Pssh. Los lunares le duraban toda la temporada de las verbenas.

CUADRO XII

ANA: (Grita.) ¡Mis pastillas! ¿Dónde están mis pastillas?
 MANUEL: ¿Te sientes mal?
 ANA: Es el horario. Quedaban dos o tres, estoy segura.
 MANUEL: Le decía a Marcelo...
 ANA: No me importa. Necesito saber dónde está el frasco. Lo dejé encima de la mesita de noche y ahora no está. Eso es lo que me interesa ahora.
 MANUEL: ¿Buscaste bien? Puede haberse caído.
 ANA: Busqué por todas partes.
 MANUEL: Si rodó debajo de la almohada o...
 ANA: No está. Aquí vivimos solamente tú y yo. Yo no he tocado el maldito frasco.

MANUEL: OK. OK. El asesino ha sido descubierto. Las evidencias. Tiré el frasco. Dos pastillas húmedas y con la fecha de vencimiento...

ANA: ¡Desgraciado! Sabes que no puedo disgustarme. Quieres que me muera. Quieres verme muerta. Llenar esta casa de coronas. Eso es lo que él quiere, Marcelo, para después hacer lo que le venga en gana. Su abuso es muy grande. No te imagines que siempre está así, fresco, sonriente, después a veces es el más amargado.

MANUEL: ¿Ya terminaste? Pobre hermana mía. ¿Qué sería de tu corazoncito sin mí? Marcelo, mete la mano en este bolsillo. ¡Vamos! Hazlo.

MARCELO: Hay un frasco de cristal.

MANUEL: Un frasco nuevo. Lo compré en la farmacia mientras tú hacías la cola de las verduras. ¿Ves? El dragón no es tan malvado como parece.

ANA: Manuel, Manuel, eres un sol. Que se me pudra la lengua si te vuelvo a ofender.

MANUEL: Falta el beso y todo está olvidado.

ANA: Ahora. En tu boca. (*Se muerden los labios, deseosos.*)

MANUEL: No abras los ojos de esa forma, Marcelo. La familia es la familia.

ANA: (*Primera ventana.*) ¡Píldoras para la fertilidad! Uno se toma una y florecen los jardines, las fuentes echan agua, suenan los teléfonos muertos. (*Pausa.*) ¿Se han fijado? Hay una ciruela sola.

MARCELO: Sí.

ANA: Parece una esmeralda a punto de estallar. Refulge con el sol.

MANUEL: (*Segunda ventana.*) Desde esta ventana no se ve. La noche está muy oscura.

MARCELO: (*Tercera ventana.*) Por ésta sí puedo distinguirla. Lástima que esté lloviendo. Todo está borroso.

ANA: ¿Llueve? Desde aquí todo es luminoso... y seco.

MANUEL: Es noche cerrada. Siempre.

ANA: ¿Te gustan las ciruelas, Marcelo?

MARCELO: No mucho. En confitura sí.

ANA: Cuando eras así de chiquito te encantaban.

MARCELO: Uno cambia.

ANA: Las pastillas, las medicinas, lo van enfermando a uno.

MANUEL: Y el paisaje sigue igual. Azul y verde. Si por lo menos surgieran volcanes de la tierra. Nada.

ANA: ¡Sacúdela con tus ojos, Marcelo! ¡Llueven ciruelas maduras!

MANUEL: Si le preguntas a Marcelo-niño si es feliz, ¿qué te respondería?

ANA: Eso depende. Si me das esa ciruela sería muy feliz. Si me la niegas, me moriría. (*Ríe con descaro.*)

CUADRO XIII

MARCELO: ¿Quieren arreglar el mundo, la crisis... o qué?

ANA: Manuel empezó una vez a estudiar Sociología. Quería hacer su tesis sobre la incomunicación.

- MANUEL:** Vivimos tiempos difíciles. Soñamos con la gloria de amar a alguien. Buscamos entre la multitud una cara que se parezca a la cara que hemos estado buscando durante toda nuestra vida. ¿Y al final qué pasa? Esa cara adorada envejece, se deforma, nos da órdenes y gritos, se vuelve burlona y nos mortifica. Se va alejando de aquel ensueño que fue. Volvemos al sueño del inicio, pero ya es demasiado tarde... porque nuestra cara también se ha convertido en una máscara odiosa.
- ANA:** Hay que inventar una nueva filosofía: la de amar solamente los retratos.
- MARCELO:** Eso sería tan solitario.
- ANA:** Es una solución de emergencia. ¿Sabes lo que es el onanismo? Búscalo en un diccionario. Yo no te lo voy a explicar. Tendría que poner ejemplos demasiado comprometedores.
- MANUEL:** ¿Has visto, Marcelo, que entre más proclamamos la comunicación, la solidaridad, nos volvemos más hipócritas y más mentirosos? ¿Estaremos a tiempo para cambiar?
- ANA:** Cada familia debería tener siempre invitados. A torturar y a encariñarse con la víctima. Eso es solidaridad humana, tan mentada, tan poco practicada, como oí decir.
- MARCELO:** La gente no tiene medios, no sé.
- MANUEL:** Medios. Medios. Hay palabras vacías. Antes se decía: Voy al pueblo a buscar novia. Ahora se dice:

- Voy a bajar a resolver un material. ¿A qué hemos llegado?
- ANA:** Ja, eso es gracioso. Necesito una transfusión. ¿Alguien me sirve un borbotón de vino?
- MARCELO:** Ordene. Aquí tienes.
- ANA:** Gracias, alma mía, eso es comunicarse. ¿Te molesta servirme?
- MARCELO:** A veces.
- ANA:** Pues tienes cara y músculos de esclavo. ¿No se habían atrevido a decírtelo?
- MARCELO:** No quiero que me faltes al respeto.
- MANUEL:** Mi hermana tiene razón. ¿Por qué aceptaste la llamada de nosotros? Se dejan arrastrar de un lado para otro y de aquí para allá. Si en Alemania te hubieran llevado para un crematorio, ¿hubieras ido? Seguramente. Está muy débil tu capacidad de decisión. Las marionetas jóvenes me hacen vomitar.
- MARCELO:** No tienes ningún derecho a decirme eso. Vine porque quedaron en pagarme y me hace falta el dinero, ¿qué voy a hacer? A la mierda todo lo demás.
- ANA:** Sé sincero. Nunca en la vida la has pasado mejor.
- MARCELO:** Pero, ¿quiénes se creen ustedes dos, eh? Un vino aguado y un pescado barato no son tan tentadores. Sigo la payasada y ya.
- ANA:** ¿Payasada? No sabes lo que es buen gusto. Imaginaba en ti a una persona discreta, original, casi infantil. Una no debía dejarse llevar por la primera impresión. Tienes un corazón de bestia bastante es-

condido. Una bestia más, sin escrúpulos de ningún tipo. ¿Cómo el recuerdo puede deformarse tanto, dios mío? Cochino. ¿Cómo se puede ser tan... tan sin conciencia? Está dicho, es imposible tratar de educar a la nueva generación. Me imagino que el gobierno se rompa la cabeza... Engreídos, malintencionados. Eso son, desgraciadamente.

MANUEL: Estás cayendo en lo mismo que críticas.

MARCELO: Tú me perdonas, Ana, pero yo no tengo la culpa de lo que hagan los demás. Pensándolo bien, me dejo llevar de un lado para otro, ¿qué voy a hacer? A veces me quedo tirado por ahí y no sé qué voy a hacer. ¿Me entiendes?

ANA: Yo no sé las cosas que digo. Este desconsuelo que no me deja vivir. Ya no sé las palabras que pronuncio. Tápense los oídos, nada de eso importa un comino.

MARCELO: No te preocupes.

ANA: Cuando te vayas te llevarás la peor imagen. Soy una contradicción viviente. Lo importante es no llegar a escupirnos por eso. ¿Verdad?

MARCELO: Está bien así como hablas. He conocido mil mujeres: negras, blancas, prietas, chinas, pecosas... Una manada de hipócritas. Tú dices lo que te da la gana y eso es muy bueno, creo yo.

MANUEL: A veces.

ANA: Huy, tengo un dolor de caderas. Será la falta de ejercicio. Acércate, cuando uno no hace aquello con frecuencia, termina por oxidarse.

MANUEL: Ana, otra vez.

ANA: ¿Qué? Palos si una dice que lo vive haciendo, palos si dice que no lo hace nunca. Habrán tratado de cambiarlo todo, pero la moral sigue igualita: mensa hasta decir basta. Me cago ecológicamente en la moral.

MANUEL: Es un problema de medida.

ANA: Medida. Vengan a mí, niños. "Dejad que los niños vengan a mí", les daré una bola de moral por barquillo.

MANUEL: Marcelo, ¿te la pasas hablándole por ahí a todo el mundo de tus problemas sexuales?

MARCELO: No tengo problemas.

MANUEL: Bueno, de tus cuestiones... alrededor de eso.

MARCELO: No creo. A veces, eso es por épocas.

MANUEL: ¿Cómo reaccionan?

MARCELO: Se escandalizan o se mueren de la risa.

MANUEL: ¿Ves, Ana? Yo no puedo dejar que mi hermana sea la mona erótica de nadie.

ANA: Reprímete. ¿Te crees que no veo cómo vas por la calle? Mira a un lado, mira para el otro. Como un ventilador, se te van los ojos. Todo el mundo te gusta. Mejor dicho, embelesándote con las entrepiernas ajenas.

MANUEL: Puerca.

ANA: Perro.

MANUEL: Serpiente.

ANA: Pájaro de mal agüero.

MANUEL: Araña.

ANA: Gusano.

MANUEL: Burra.
 ANA: Piojo.
 MANUEL: Hiena.
 ANA: *Hombre.*
 MANUEL: *Mujer.*

CUADRO XIV

MARCELO: Dejen eso ya. Cualquiera diría que no se quieren.
 ANA: Me saca de quicio.
 MANUEL: ¿Te rendiste?
 ANA: Sí.
 MARCELO: ¿Oyen? Está pasando un helicóptero.
 ANA: ¡No, no es un helicóptero! ¡Es una nave espacial!
 ¡Vamos al jardín! Manuel, ¿no vienes?
 MANUEL: Prefiero estar aquí.

Ana y Marcelo salen.

“Para escucharte, oh música del mundo, sólo para escucharte”. (*Mira por los cristales.*)

Ana y Marcelo se besan. Ella se arrodilla. Una luz viva lo borra todo. Ana y Marcelo regresan.

ANA: Era una bola de fuego verde. El jardín se quemaba.
 MARCELO: ¡Si lo hubieras visto! Era algo rarísimo.

ANA: Como una aurora boreal. ¡Qué espectáculo! Lo único que nos falta es una invasión marciana.
 MANUEL: Tenían que haberte hecho polvo con un rayo de éstos.
 ANA: Primero los elimino yo. Tal vez ni siquiera eran extraterrestres. A lo mejor era dios paseándose por ahí.
 MANUEL: Persiguiéndote, blasfema.
 ANA: ¿Te imaginas a alguien huyendo por esta tierra del furor de dios? ¿Dónde va a meterse el infeliz? No se puede huir de dios, no existe un escondite seguro ante la persecución de dios.
 MANUEL: Arrasando.
 ANA: ¿En qué piensas, Marcelo?
 MARCELO: En nada, en mi familia.
 MANUEL: Despreocúpate.

CUADRO XV

ANA: Marcelo, ¿tus padres están vivos?
 MANUEL: Se lo preguntas como si hubieran sido asesinados.
 MARCELO: Viven en el campo.
 ANA: ¿Tienen una hacienda? Qué romántico.
 MARCELO: Una casucha de madera. Nada del otro mundo.
 ANA: El olor a vaca y yerba mojada. Eso me excita.
 MARCELO: A mí también.

ANA: Qué emocionante. Y yo pensaba que eras una mosca muerta.

MANUEL: Déjalo hablar.

MARCELO: No iba a contar nada.

ANA: ¿Te has acostado con alguna por ahí... en el monte?

MARCELO: Con unas cuantas.

MANUEL: Qué obsesiva.

ANA: Vaya, vaya. ¿Cómo lo haces?

MARCELO: Igual que cualquiera, me imagino, igual que tu hermano. Miro a la muchacha, le hago una seña, la invito y ya está.

ANA: ¿La penetras violentamente?

MANUEL: Ana.

ANA: ¿Por delante y por detrás?

MARCELO: Por todos los huecos del cuerpo.

ANA: ¿Muchas veces?

MARCELO: Siete o nueve.

ANA: ¿Cuándo lo hiciste por primera vez?

MARCELO: No me acuerdo. ¿Y tú?

ANA: Piensa. Tienes que recordarlo, seguramente.

MARCELO: No sé. En el Jardín de la Infancia. En la cuna. No sé. ¿Y tú?

ANA: ¿En la cuna?

MARCELO: Me acostaban con mi prima Vera.

ANA: Manuel y yo teníamos una cuna así de grande. Mira, desde aquí hasta allá. Un campo de batalla. Dormíamos juntos. Manuel a la derecha, yo a la izquierda.

MANUEL: ¿Por qué cuentas esas cosas?

ANA: Nos orinábamos al mismo tiempo y aquello era un mar... Hemos tenido una sola isla feliz: la isla de la infancia.

MANUEL: Ya ves cómo la hemos perdido.

ANA: Intentamos apresarla esta noche, Marcelo, gracias a ti.

MARCELO: Honor que me hacen.

MANUEL: Siempre dependerá de nuestras preguntas y de tus respuestas.

MARCELO: Pueden preguntar lo que quieran.

ANA: Marcelo, ¿tus padres están vivos?

MANUEL: Se lo preguntas como si hubieran sido asesinados.

MARCELO: Viven en el campo.

ANA: Horror. En el campo ya no hay quien viva.

MANUEL: En la ciudad tampoco.

ANA: Vivir. Sabemos algo del mundo en que queremos vivir, Marcelo, pero todo es demasiado teórico.

MANUEL: ¡Basta! Ahora... ¡la sorpresa!

CUADRO XVI

ANA: ¿Una sorpresa? ¿De qué se trata?

MANUEL: Cierren los ojos.

ANA: ¿Oyes, Marcelo? Nos han preparado una sorpresa.

MANUEL: Les aviso cuándo pueden mirar. (*Trae un gran pastel.*)

ANA: Me muero de la emoción.

MANUEL: Pueden abrir los ojos. Felicidades, Ana.

MARCELO: ¿Es tu cumpleaños?

ANA: ¿Cómo te acordaste, Manuel? Hasta yo misma me había olvidado, hasta yo misma. ¿Cómo te acordaste?

MARCELO: Felicidades.

ANA: ¿Dónde compraste el pastel? Oh, Marcelo, no cuentes las velitas. Creo que mi hermano ha equivocado el número de años.

MANUEL: (*Desafina.*) “Estas son las mañanitas que cantaba el rey David... a las muchachas bonitas se las cantamos aquí... Despierta, Ana, despierta...” ¡Un deseo, pide un deseo!

ANA: Creo que voy a llorar. ¿Cómo has podido?

MARCELO: Que cumplas muchos más. ¡Mil más!

ANA: Me conformo con unas cuantas décadas.

MANUEL: El deseo.

ANA: Estoy nerviosa. No se me ocurre nada.

MANUEL: Vamos.

ANA: Quiero... ¿Puedo pedir una canción?

MANUEL: Claro.

MARCELO: Yo no canto muy bien.

ANA: Quiero que me canten La Internacional...

MANUEL Y MARCELO: (*Cantan.*) “Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan y gritemos todos unidos: ¡Viva la Internacional!” (*Etcétera.*)

CUADRO XVII

MANUEL: ¿Cómo te sientes?

ANA: Creí que alucinaba. Debe ser la edad.

MARCELO: No eres tan vieja.

ANA: ¿Cuántos años has cumplido tú, Marcelo?, si no es una indiscreción.

MARCELO: No, cumplí veintidós.

ANA: ¿Tan pocos?

MARCELO: Me parecen miles.

ANA: ¿De veras?

MARCELO: Son miles.

ANA: Pues entonces qué podemos decir nosotros, eh, Manuel.

MANUEL: Ésa es su obsesión. Si se acerca a los treinta o si se aleja de los treinta. Aquí da lo mismo.

ANA: Si yo pudiera, tendría todo tipo de cremas y compraría únicamente verduras y frutas y no saldría del aire acondicionado. Imposible.

MANUEL: Siempre está soñando.

MARCELO: Yo no sé lo que es eso.

ANA: ¡Quiero soñar! ¡Quiero soñar! Y quiero soñar sueños que pueden hacerse realidad, que con un poquito de esfuerzo, de voluntades, pueden estar ahí, al alcance del deseo.

MANUEL: Cálmate, Ana, por favor. Parece que estás en una tribuna.

ANA: ¡Ay, qué vergüenza! ¿Yo lanzando un discurso a las masas en pleno Yucatán?

MARCELO: No te quedó tan mal.
MANUEL: ¿Por qué no te atreves?
ANA: ¿A qué?
MANUEL: A eso. A hacer un discurso.
ANA: ¿Yo? No podría repetir...
MARCELO: Buena idea.
MANUEL: Ven. Desde esa ventana.
ANA: ¿Qué? ¿Y los vecinos?
MARCELO: Despiértalos.

CUADRO XVIII

ANA: ¡Masas! Ay, no me fuercen. Qué chistoso. Esto es un escándalo público. Qué atrocidad. Allá voy: ¡¡Masas!! ¿Cómo están, queridas mías? ¿Duermen? Sshh, están en su mejor momento. Vaya vida nocturna que hacen. Vida nocturna en las camas. ¿Sufren de insomnio? Malo, malísimo. Ustedes tienen que soñar. Deberían crear Comisiones que se paseen por los sueños. Que controlen esas escapadas... Arriba esos párpados de sueños inconvenientes. Siempre despiertos, peces de las profundidades. Masas de mi corazón. Débiles, ojerosas, desgredadas, consentidas, bostezadoras, venidas a menos... sueñen. Si van a soñar, háganlo con soltura, sin el terror genérico de las pesadillas. Soñemos aspiraciones. ¿De quién es la culpa de que se haya olvidado el arte de crear verdades?... Qué comida hacer mañana, el anhelo

inconfesable de un traje nuevo, un viaje a través del mar hacia el país más insignificante, un viaje, la inauguración de mil escuelas de Arte en dos mil esquinas del pueblo, un yate por familia, un incendio de oficinas grises, una curación milagrosa para enfermedades incurables, una resurrección del amor... En fin... que no sé por dónde iba...
MARCELO: Una sirena. ¿Oyen?
MANUEL: Quítate de ahí.
ANA: Déjame, me sentía tan importante.
MARCELO: ¿No oyen? Una sirena.
MANUEL: ¿Quieres pasar el resto de la noche encerrada?
ANA: Es la última de mis tentaciones.
MANUEL: Ven, por favor.
ANA: Si me lo pide Marcelo.
MARCELO: Ven, rápido.
ANA: Contigo sí voy. Pobres y desdichadas masas. Se han perdido el final.
MARCELO: ¿En qué acababa todo?
ANA: Iba a prometerles algo. Construir unos edificios altos, altísimos, llenos de pasillos y más pasillos, con cuartos amplios... En cada cuarto una cama, en cada cama una persona. ¿Te gusta? Y dentro de cada persona una pastilla.
MANUEL: Esa sirena. Mejor apago la luz.
ANA: Qué oscuro. No camines, Marcelo, puedes romper las miniaturas de la abuela.
MANUEL: Las velas. ¿Dónde están?
ANA: Aquí tengo una.

CUADRO XIX

MANUEL: Sshh. Hay alguien por la calle.
 ANA: ¿Policías?
 MARCELO: ¿Ladrones?
 MANUEL: No sé. No hablen.
 ANA: Cierra esa ventana. La luna está verdosa.
 MANUEL: Te he dicho que te calles. Son borrachos.
 MARCELO: Vendrán de algún antro.
 ANA: ¿Borrachos? ¿Como nosotros? Quizá seamos nosotros mismos.
 MARCELO: ¿Allá afuera?
 MANUEL: Ana.
 ANA: ¿Qué?
 MANUEL: Son tres. Puedo reconocerte. Vienen hacia acá.
 ANA: Ay, Marcelo. Tócame, estoy erizada. ¿Alguno se parece a Marcelo?
 MANUEL: El que se ha quedado en la calle. Vigilando. Van hacia la puerta. Voy a tocar.
 ANA: Oye. Han tocado. Déjame verlos. Váyanse, váyanse.
 MANUEL: Sshh. No sé qué podría pasar. Apártate.
 MARCELO: ¿Qué hacen ahora?
 MANUEL: Intentan mirar hacia adentro.
 MARCELO: Es absurdo.
 ANA: Que se vayan, oh, que se vayan. Son unos intrusos.
 MANUEL: Qué manera de tocar. Qué modales tenemos.

MARCELO: Parece cosa del infierno. Crucen los dedos.
 ANA: Vete, Ana, vete, vete. Oh, vete.
 MANUEL: Sería bueno que recemos.
 ANA: A mí se me olvidó.
 MANUEL: Se cansan de llamar. Creo que van a irse.
 ANA: ¿Qué hacen?
 MANUEL: Tú sacas algo de la cartera. ¿Una pluma? Escribes una nota.
 ANA: ¿Y?
 MANUEL: ¡Por debajo de la puerta!
 ANA: Ve a ver, Marcelo. Toma la vela.
 MANUEL: Se alejan. Veo sus sombras. Se tambalean un poco.
 ANA: Gracias a dios o a quien sea.
 MARCELO: Aquí hay una nota.
 ANA: ¿Qué dice?
 MANUEL: Déjame ver.
 ANA: ¿Qué dice?
 MARCELO: Está en blanco.
 ANA: ¡Dios, qué susto! Ecuanimidad.
 MANUEL: Esperaba lo peor.
 MARCELO: ¿Todo eso ha sido de verdad?
 ANA: ¿Y lo dudas?
 MARCELO: ¿No lo han preparado?
 MANUEL: Tú mismo los viste.
 ANA: No conocemos prácticamente a nadie.
 MARCELO: ¿Los tres... repetidos?
 ANA: ¿No crees en las dimensiones?
 MARCELO: No sé qué son.

MANUEL: Coincidencias. No lo entenderías nunca.
ANA: ¿Quieres saber algo que te espantará?
MARCELO: Dímelo. Después de esto...
ANA: Justo aquí mismo está muriéndose alguien en este momento. Se queja.
MARCELO: ¿Tú crees?
ANA: Creo no. Sé, dijo el mago.

CUADRO XX

MANUEL: Mira, mira las sombras que dibuja la vela, Marcelo. Hemos inventado las sombras chinescas.
MARCELO: Sé hacer un conejo.
ANA: Yo una perra.
MANUEL: Dicen que uno puede asomarse a un espejo roto y pensar en el animal que pudo haber sido. Entonces puede verlo. Vamos, vamos a intentarlo.
ANA: Ratón. Me gustaría haber nacido ratón blanco alguna vez. Reducir mis preocupaciones a buscar un trocito de queso rancio. No hay ratas neo-existencialistas.
MARCELO: Yo pudiera haber sido tigre. Un tigre rojo. ¿Y tú, Manuel? Mírate.
MANUEL: Yo me conformo con el oscuro murciélago. No tiene ojos mirones, sólo tiene alas. Alas y garras. Sobrevuela la ciudad y se esconde en las cuevas. Nadie lo domestica ni lo enjaula en el zoológico. Ceguera, alas y garras. Nada más.

ANA: No funciona. Esto no funciona.
MANUEL: ¿Por qué?
ANA: No vi la rata.
MANUEL: La viste. Eres tú misma.
ANA: ¿Puedo encender la luz?
MANUEL: Yo la enciendo. Antes mírate nuevamente en el espejo. Concéntrate. Cuenta hasta cinco.
ANA: Uno, dos, tres, cuatro, cinco.
MANUEL: ¡Luz! ¿Qué has visto?
ANA: Qué imagen. Atroz. Qué decepción, Manuel.
MANUEL: ¿Viste el animal? ¿Has podido?
ANA: Me he visto tan vieja. Cuántas arrugas para siempre... Los pelos resecos... Unos ojos cansados, una sonrisa mustia. ¿Era yo, Manuel? ¿Estoy así, Marcelo? ¿Me he marchitado tanto? No me había dado cuenta. Estoy deshojada, amarilla. ¿Cómo pueden salir tantas arrugas por unas cuantas salidas a la calle?
MANUEL: No eras tú, querida. Era sólo una visión.
ANA: Marcelo...
MARCELO: Yo tampoco vi el tigre.
ANA: Mañana me pondré un poco más de base. El carmín lo usaré más claro. Intentaré lloriquear lo menos posible. Nunca se sabe de dónde vienen las arrugas. Qué molestas son. Si pudiera usar más cremas...
MANUEL: No te quejes. Alégrate de estar viva. ¿Olvidas el 68? Puedes bailar aunque te amarren los pies, oír aunque te taponeen con algodón, cantar aunque te corten la lengua...

ANA: De pronto todo se vuelve tan tedioso.

MANUEL: ¿Jugamos?

CUADRO XXI

MARCELO: ¿Tienen cartas?

ANA: Están incompletas. Falta el Rey de Corazones.

MARCELO: ¿Se te ocurre otra cosa?

ANA: ¿Ya no tienes iniciativas, Manuel?

MANUEL: Juguemos al Ahorcado.

MARCELO: Lo jugaba en la escuela. Era una pesadez.

MANUEL: No. Es muy emocionante. Claro, si se sabe jugar de verdad. ¿Probamos?

ANA: Yo de acuerdo. Con tal de no hablar del pasado.

MANUEL: ¿Quién se queda?

ANA: Pongo la palabra. Marcelo la adivina. Tú construyes la horca.

MARCELO: Acepto.

ANA: Ven, Manuel. El carboncillo. Que no oiga la palabra. Cinco espacios.

MANUEL: ¿En una pared?

ANA: Ya se borrará. Marcelo, cuando quieras...

MARCELO: La letra A.

ANA: Oh, te has equivocado. A de ansiedad. Dibuja un tronco de árbol, Manuel.

MANUEL: Otra.

MARCELO: La letra C.

Ana y Manuel se miran.

ANA: Otro error. Letras demasiado comprometedoras. C de censura.

MANUEL: Las frondas. ¿Qué tal el dibujo?

ANA: ¡Manuel, Manuel, si parece un ciruelo! ¿Cómo has podido?

MANUEL: Picasso. Otra letra.

MARCELO: La I.

MANUEL: ¡Muy bien! En la segunda rayita.

ANA: I de imaginación, obvio.

MANUEL: O tal vez de incomprensión, que para el caso...

MARCELO: La V.

ANA: Violencia, violencia, violencia. Vicio. Virtud y vuelta otra vez.

MANUEL: Nada.

ANA: Espera, no lo dibujes a él. Vamos a darle una oportunidad: ¡pinta una fruta!

MARCELO: ¿Puedo sentarme?

ANA: "Has preparado un banquete ante los ojos de mis angustiadores..."

MANUEL: Piensa. ¿No tienes suerte en los juegos?

ANA: Mala suerte en el amor.

MARCELO: La O.

ANA: ¿O? ¿O? Oportunidad. ¡Bravo!

MANUEL: Última letra.

ANA: ¡Sálvate de la muerte! Házlo por mí.

MARCELO: I... O... No sé. ¿Rito? No, sobra una.

ANA: La próxima.

MARCELO: F. ¿No va la F...?
ANA: ¡Qué letra tan rebuscada! F de fatalidad. No, amor.
MANUEL: Te has equivocado otra vez. Ana, la sogá.
MARCELO: ¿Soga?
ANA: Tú lo aceptaste. El juego es de verdad.
MANUEL: ¿Te vas a acobardar? Yo te pinto y Ana te amarra a la silla.
MARCELO: Eso no. Así no se vale.
ANA: Házlo por mí, querido amigo. Un juego sin riesgos es un banal jugueteo. ¿Te atreves?
MARCELO: Está bien.
MANUEL: (*Dibuja.*) Ana, ¿se te parece?
ANA: Esa nariz es ridícula. La tiene más pequeñita. ¿Te hice daño en el brazo, Marcelo?
MARCELO: No. Puedes apretar.
MANUEL: Ya. ¿Está bien atado?
ANA: Refuerza aquí.
MANUEL: ¡Próxima letra!
ANA: Piensa bien. No estés nervioso ni nada.
MARCELO: ¿Lleva E?
ANA: ¡Un beso! Catedrático. Ay, qué orgullosa estoy de ti.
MANUEL: Tercer espacio. Te faltan dos.
ANA: ¿Sigues jugando?
MARCELO: Sigo. La T.
MANUEL: De tentación. No.
ANA: Torpe. ¿Qué has hecho? Déjasela pasar.
MANUEL: Véndale la boca.
MARCELO: ¿También?

ANA: Es el juego.
MANUEL: No tengas miedo.
MARCELO: ¿Cómo podré decir las letras?
MANUEL: Ana te ayuda. Véndalo.

Ana venda a Marcelo.

¿Qué letra?
ANA: ¿Cuál? Me indicas: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, LL, M... ¿M?
MANUEL: Error.
ANA: Lo siento, Marcelo, no tiene M. Ni M de Manuel, ni M de Marcelo, ni M de mierda. ¿Qué vas a dibujarle ahora? Ya está todo.
MANUEL: ¿Qué crees? Podemos ahorcarlo.
ANA: Dale otra oportunidad. Una solita. Mira cómo te observa. ¿Esos ojos no te dan lástima? Son tan resplandecientes. Están llenos de vida.
MANUEL: Puedo dibujarle el mar detrás del árbol.
ANA: No. Eso trae la mala suerte. Mejor, mejor le pintas un lunar. A ese muñequito le falta un lunar.
MANUEL: Él también debe tener uno entonces.
ANA: Me ocupo. ¿Recuerdas cómo se hacía los lunares la abuela, Marcelo? Manuel, la vela, por favor. ¿Me la acercas?
MANUEL: Toma. El alfiler.
ANA: Este alfiler se pone rojo, rojo. ¡Rojo! ¿Te gusta ese color? Qué lástima que ahora prefieras el negro. ¿Dónde querrías tener un lunar?

MANUEL: Puedes hacérselo en los ojos, Ana. Le vendría bien... ¿dónde, dónde...? En este párpado.

ANA: No seré tan mala. Creerá que somos unos pervertidos y no es verdad. Ya no existen los pervertidos aquí. En esta mejilla... Precioso. No llores.

MANUEL: ¿Otra letra? ¿Eso es lo que quieres? Mira, Ana, está loco por terminar el juego. Está bien, como tú deseas.

ANA: ¿Qué letra? Ayúdame, por favor. M, N, Ñ, O, P, Q, R, S... ¿S? ¿Esa palabra tiene S, Manuel?

MANUEL: No. Pero somos muy bondadosos. Otra oportunidad.

ANA: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L... ¿L? Ha dicho L.

MANUEL: ¡Casi vencedor! Penúltima letra. ¿Qué dices? Mira bien: Guión, I, E, L y O. ¡Es lo que tenemos! Uhm, viene la parte más riesgosa. ¿Cómo damos el final?

ANA: Un final que no sorprenda no es un buen final.

MANUEL: Tienes pocas oportunidades. ¿Cuál es la consonante del principio?

ANA: Veamos. A, B, C... ¿C? ¿C, Manuel?

MANUEL: ¡Ahorcado! La palabra no es CIELO, ¿verdad, Ana? Ya había dicho la letra C.

ANA: Oh, qué lástima. Pobrecito. La palabra es mucho más fría...

MANUEL: HIELO. Así de simple.

ANA: Hielo. Hielo. ¿Quieres una palabra más cercana a la muerte, Marcelo?

MANUEL: Hay una que es mucho más gélida.

ANA: ¿Cuál es esa palabra?

MANUEL: Ana. Ésa es la palabra: Ana.

ANA: ¿Qué hacemos con él?

MANUEL: Terminar el juego. Toma el carboncillo. Dibuja cómo debe morir.

Ana dibuja.

Mierda de muchacho. ¿Te creías que el tiempo borra todas las cosas? El tiempo, Marcelo, no es de arena. Quieto, quieto. ¿Sabes por qué vivimos tan solos? Mamá, papá, abuela... todos se han muerto. No pudieron resistir tanto agravio, tanta represalia, tanta vergüenza. Ninguna mentira que se diga es inocente. Ninguna, Marcelo. Una sola mentira y la multitud vino hacia acá, desvió su atención... Se ensañaron con nuestra familia. Nos asediaban continuamente. Escupidas, gritos, palos, piedras, huevos podridos... No sabes el terror que se siente cuando te están odiando sin razón. Tu padre era culpable. No el nuestro. Hacer el daño en México e irse. Ésa es la peor de las maldades. Tu familia se fue, como si el viento se la hubiera llevado. ¿A dónde? Yo no sé. Irse a otro lugar. Vivir pacíficamente en medio de desconocidos. Lo peor es quedarse. Quedarse acusados por una calumnia. Y nosotros nos quedamos en México hasta que el horror fue más poderoso que nuestra capacidad para soportarlo y luego tuvimos que venir a Mérida, a la casa de la abuela, donde pasába-

mos nuestras vacaciones de infancia... Y aquí nos quedamos. Calumniados. Es el mal más grande que puede cometerse aquí... Nadie puede recuperarse. Nadie puede volver a ser persona querida. ¿Quién puede acusar a quién con la lengua limpia? ¿Quién? Cuánta inhumanidad, cuánto egoísmo de subir y subir y permanecer en las alturas o cruzar el mar. Nosotros que te adoramos. Descarado, sinvergüenza. ¿Por qué tuvieron que inventar tantas mentiras peligrosas? Mira en qué nos hemos convertido. Todos murieron. Te esperamos mucho, mucho tiempo. Allá afuera exactamente debajo del cielo. Debajo de la mata de ciruelas hay una fosa. Ni poco profunda, ni muy estrecha. En ella cabe un cuerpo. Ana, bésale la frente. Yo te daré un abrazo, con estas manos, en tu cuello... Buenas noches, esperado amigo Marcelo. Cuando llegues a la muerte te detienes, levantas una lámpara y miras todo lo que has dejado atrás. Nada vale la pena.

CUADRO XXII

ANA: Tengo miedo, Manuel, ahora tengo mucho miedo.
 MANUEL: No hay problemas. Cuando nos mudemos te olvidarás de todo. Una pesadilla.
 ANA: Creí que sería más fácil.
 MANUEL: Fue fácil. Ayúdame a envolverlo.
 ANA: Se sentirá incómodo allá afuera. La fosa...

MANUEL: No ha llovido. Estará reseca.
 ANA: ¿Es bien profunda?
 MANUEL: La hice para que cupiera su cuerpo.
 ANA: ¿No tendrá molestias?
 MANUEL: Dormirá como un bendito.
 ANA: Hay relámpagos. Tal vez estalle un aguacero.
 MANUEL: No hay una sola nube.
 ANA: Me espanta. Parece una estatua griega.
 MANUEL: No le han quedado marcas en el cuello.
 ANA: Estrangulado. Qué palabra tan fea. Después de todo le hemos hecho un gran favor.
 MANUEL: Oye, Ana, tu corazón está bien fuerte. Ni pestañas.
 ANA: No lo creas. Tengo que correr hacia las pastillas. Espero una recaída.
 MANUEL: Átale las piernas.
 ANA: OK. ¿Y las manos?
 MANUEL: No es necesario. Los muertos no abrazan a nadie.
 ANA: ¡Jesús!
 MANUEL: ¿Y si Marcelo saliera de la fosa y te pidiera un abrazo?
 ANA: No lo soportaría. De sólo pensarlo...
 MANUEL: Has soportado cosas peores.
 ANA: Ya. Ya. Lo hiciste y ya. No juegues con eso.
 MANUEL: ¿No eres tú la macabra, la inventora del Túnel de los Horrores?
 ANA: Está listo. Ahora es un trozo de carne inmóvil. ¿Crees que podrás con un fardo tan pesado?

MANUEL: Ayúdame. ¿Sacaste las cosas de los bolsillos?
ANA: Todo.
MANUEL: ¿Qué tenía?
ANA: Monedas. Documentos sin importancia. Credenciales. Unas fotos. Un caramelo.
MANUEL: ¿Qué fotos?
ANA: No sé. Éstas. Ése parece algún hermano.
MANUEL: Me dijo que no tenía hermanos.
ANA: ¿Un amigo?
MANUEL: Tiene una dedicatoria: "Con afecto y algo más". ¿Qué querrá decir?
ANA: Otra foto. Una muchacha.
MANUEL: Es linda. Parece extranjera.
ANA: Africana.
MANUEL: No bromees. Esos pelos rubios. Bueno, vamos. ¿Me ayudas?
ANA: Me siento un poco mal, no sé. Mejor lo llevas tú solo. No me atrevo.
MANUEL: Como quieras.
ANA: Que quede bien tapado. Si puedes echa algunas piedras.

CUADRO XXIII

ANA: ¿Qué hemos hecho, Manuel?
MANUEL: Hablamos claro, clarísimo, sobre los arrepentimientos. Eso era lo que le tocaba y no se puede cambiar el destino de nadie. Tú lo sabes bien. Así lo

habíamos planificado. ¿Qué pasa? ¿Ahora quieres dártelas de oveja arrepentida? Está muerto. Muerto. Marcelo ya no está vivo. ¿Qué hizo él por ti? A ver, ¿qué hizo por nosotros?
ANA: Ya sé. Se burló y nos llenó de inquietud. Quizás a pesar de sí mismo. Se burló de nosotros todo el tiempo.
MANUEL: Uno no tiene a qué aferrarse. Le dimos la confianza y nos puso en ridículo. ¿Crees que puede regresar así, muerto de la risa, comiéndose nuestra comida sin pagar el favor? Hipócrita, simulando no acordarse de nada. Hay que tener vergüenza.
ANA: Era un gran amigo, a pesar de lo que dices.
MANUEL: Tonta, los grandes amigos no existen. Sólo existen la lujuria y las aspiraciones. Eso.
ANA: Se fue otra vez.
MANUEL: Tienes que acostumbrarte.
ANA: ¿Acostumbrarme? Una y otra y otra costumbre. Es lo que hago todos los días. Pudimos retenerlo un poco más, inventarle otras fantasías. ¿Qué importaba hacerle otra comida y otros cuentos de una familia que no existió? ¿Qué más nos daba permitirle que se quedara otra noche?
MANUEL: Ve a acostarte.
ANA: No quiero. Déjame.
MANUEL: La noche...
ANA: No quiero. Déjame pensar, por lo menos.
MANUEL: Recuerda, la mente en blanco. Te estás torturando porque te da la gana. No hay nada que hacer.

ANA: Es verdad. Debo estar vieja. Realmente no ha pasado nada.

MANUEL: Nada.

ANA: ¿Puedo encender un cigarro?

MANUEL: Te hace daño.

ANA: Está bien. Cuídame.

MANUEL: ¿En qué piensas ahora?

ANA: Tengo una tela de raso con óvalos negros. Me gustaría mandarme a hacer un vestido. ¿Cómo me quedaría?

MANUEL: De primera.

ANA: Ya ves.

MANUEL: Vete para el cuarto. Hay que reposar.

ANA: No. Quiero quedarme en la sala. Es un antojo. A los muertos hay que velarlos por lo menos una noche.

MANUEL: No insisto más. Dame un beso.

ANA: ¿De qué?

MANUEL: Pues... de oso de las nieves.

ANA: Tú me das uno a mí. De oso hormiguero.

MANUEL: ¿Me prometes que no irás a escarbar la tierra?

ANA: Lo prometo. Este juego no puede dar para tanto.

MANUEL: ¿Cómo te sientes?

ANA: Ahora ya no tengo miedo. Mañana será otro día.

MANUEL: La oscuridad lo complica todo.

ANA: Que duermas bien.

MANUEL: Que sueñes con los ángeles.

ANA: Tú también.

MANUEL: Adiós para siempre, Ana, hermana.

ANA: Adiós para siempre, Manuel, hermano.

CUADRO XXIV

Aparece Marcelo, sucio de tierra.

MARCELO: Ana. Ana.

ANA: ¿Quién?

MARCELO: Ana, despierta. Ana.

ANA: ¿Qué pasa? ¿Quién? No, por favor. ¿Es posible?

MARCELO: Mierda de mujer. ¿Qué se han creído ustedes dos, eh? No es tan fácil deshacerse de alguien. ¿Se olvidaron de que soy nadador, eh? Tengo pulmones de acero. Aprendices de asesinos. Esos son susos que han pasado de moda. Un escarmiento nunca viene mal. ¿Qué haré? Por supuesto que avisar a la policía. Unos maniáticos locos que han tratado de jugarme una mala pasada. Mira cómo me han puesto. Un payaso lleno de fango. Y tú con esa peluca espantosa, ese disfraz de porquería, ese hermano que da lástima... ¿Qué te pasa ahora, gatita? ¿Te estás asfixiando? ¿Tu corazón no te responde? Dicen que yerba mala nunca muere. ¿Falso? Estás azul. Qué labios tan blancos. Cuidado, los ojos están demasiado fuera de sus órbitas. ¿Por qué no llamas? ¿Tu pecho de paloma no tiene el aire suficiente? El juego ha salido mal.

ANA: Manuel. Manuel. ¡MANUEL! ¡Ayuda!

MANUEL: ¡Ya va, Ana! ¡Es una pesadilla! ¡Ana...!

MARCELO: Eso es todo.

MANUEL: Ana, hermana. Está muerta.

MARCELO: Muerta. Un infarto. ¿Eso es lo que querías, no?

MANUEL: Ahora que ha pasado... Impresiona un poco.

MARCELO: ¿Quieres un trago?

MANUEL: No. No hace falta. Tú tienes razón. Está bien muerta. Ya se hacía intolerable.

MARCELO: Nunca he conocido mujer tan odiosa. Perdona que sea tu hermana, pero...

MANUEL: Ya soy libre. Sin tu ayuda no sé qué hubiera hecho.

MARCELO: ¿Tú? Ponerte viejo en esa esclavitud. Insoportable y viejo como ella. Casi lo estabas logrando.

MANUEL: Esas bromas. Qué pálida se ve.

MARCELO: Al final pensé que iba a sobreponerse al susto. Tenía el reloj duro la muy cabrona.

MANUEL: Pobrecita. Tan inocente que nunca sospeché.

MARCELO: ¿Qué hacemos ahora?

MANUEL: Su cama está preparada. Cuando claree llamamos a la ambulancia. El infarto le atacó mientras dormía y no nos dimos cuenta de nada.

MARCELO: Nada, nada, nada. Eres un genio.

MANUEL: Mozart y Salieri. Dos grandes incomprensidos. Se adoraban.

MARCELO: Lo que nos va a costar será la venta de esta casa.

MANUEL: Cualquiera compra este montón de tejas podridas. Nadie tiene casa. ¿Sabes cuántos cambiarían a su madre por cuatro paredes? Búscame el trago. Ahora sí lo quiero. Esto se merece una celebración.

MARCELO: A fin de cuentas hemos pasado la noche entera celebrándolo. Aquí está la botella.

MANUEL: Pobre Anita. Se esmeró tanto en serte agradable.

MARCELO: Casi lo logra.

MANUEL: Es paradójico. Ahora me siento solo.

MARCELO: No es para tanto, hombre. Los primeros momentos siempre se echa de menos el brazo amputado. Hay que pensar que era peor la gangrena. Además, más valen diez amigos que una hermana.

MANUEL: Oye, estuviste muy parco toda la noche. Tu papel de deportista bruto estuvo a la altura del Oscar.

MARCELO: Pensaba, nada más.

MANUEL: ¿Me quieres?

MARCELO: Sabes bien que sí. ¿Crees que de otra manera me hubiera atrevido a hacer todo esto?

MANUEL: Límpiame un poco mientras acuesto a Ana.

MARCELO: ¿Podrás con su cuerpo?

MANUEL: Sí pude con esa armazón de músculos que tienes... Ana será una pluma.

MARCELO: ¿Ya nadie asesina, verdad, Manuel?

MANUEL: Muy pocos se atreven. Ésa es una ventaja.

MARCELO: ¿Por qué será?

MANUEL: Uf, qué esqueleto tan pesado tienes, Ana. Será porque... pues no sé. Sinceramente. Creo que no asesinar a nadie forma parte de la monotonía.

MARCELO: Nos vemos más tarde. Esta tierra...

MANUEL: Te quiero mucho, Marcelo. No sé cómo agradecerte.

MARCELO: Y yo. Olvida eso. A fin de cuentas... yo me lavo las manos.

MANUEL: Ana, tienes que dormir. Larga y dulcemente.

CUADRO XXV

Habitación de Ana. En el lecho...

MANUEL: ¿Usaste el agua de la palangana?

MARCELO: Ahá. ¿Ya vas a dormir?

MANUEL: Ha sido una noche calurosa, pesada.

MARCELO: Tengo un poco de sueño. Allá en el Distrito...

MANUEL: Vamos a dejar los planes para después, la parte más difícil se ha cumplido.

MARCELO: El cadáver. Parece que respira.

MANUEL: Es sólo una ilusión. Si la miras mucho no podrás dormir. Imagínate que no se ha muerto y todo será normal.

MARCELO: Se ve más linda, ¿verdad?

MANUEL: Sarah Bernhardt.

MARCELO: La última vez que fuimos al cine, ¿recuerdas qué vimos?

MANUEL: *Las Diabólicas*, de Clouzot.

MARCELO: Eso. Los cuadros me pasan vertiginosamente, como las ventanillas de un tren. Vámonos de este cuarto. Esa cama ahí.

MANUEL: Un poco más de compañía. Se ve tan desvalida. La muerte es la intemperie más grande.

MARCELO: ¿Sabes? Me acuerdo de verdad de cuando ustedes eran niños. Una vez Ana se hizo la muerta para que tú y yo nos bajáramos de las ramas del ciruelo.

MANUEL: Eran tiempos felices. Todo empezaba a tejerse, puntada a puntada.

MARCELO: Ana se moría de envidia cuando nos veía correr debajo del aguacero.

MANUEL: El que se moría de envidia era yo cuando los veía escondiéndose por todas partes. Un secreteo que se traían.

MARCELO: Ana siempre estuvo enamorada de mí.

MANUEL: Como una desquiciada. ¿Nunca te gustó?

MARCELO: Nunca.

MANUEL: ¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

MARCELO: Tengo cargos de conciencia. Pudiste hablarle claro. Este juego se volvió contra ella.

MANUEL: No entiende nada. Se vuelve maligna cuando se trata de perder.

MARCELO: No sé dónde meterme. No sé qué hacer con esa Ana muerta así. Un muerto ocupa mucho espacio.

MANUEL: Relájate. No dejes que los nervios te dominen. El único corazón débil era el de ella. Ahora no palpita más. ¿Nos acostamos?

MARCELO: Tengo que irme. Si no aprovecho la próxima salida del tren estoy perdido. El juego me aburre un poco. Díselo a tu hermana, creo que se ha dormido de verdad.

MANUEL: Ana. Ana, despierta. Ana.

ANA: ¿Qué? ¿Quién? Oh, perdón, me he dormido. Esa bebida... todo me da vueltas.

MANUEL: Valiente espectadora. Una función dedicada a ti y te vas del aire. Para la próxima debes ser más educada.

MARCELO: No hay próxima vez. Esoy mareado. Perdónenme. Ustedes son formidables, pero tengo que irme.

ANA: Por favor, Marcelo.

MARCELO: No quiero que me llamen más así. Tengo mi nombre y no quiero oír más el de ese tal Marcelo.

MANUEL: Sshh, cállate. No digas cómo te llamas. No es necesario. Eso siempre crea algún vínculo, alguna ligadura. No queremos saber nada real de ti.

ANA: ¿Cómo lo has pasado, muchacho?

MARCELO: Me he sentido muy bien. En serio que sí. No tengo que repetirlo. Ojalá todo el mundo tuviera eso que ustedes tienen, ¿bien? Van a ser buenos y me van a dejar ir. Me esperan en Veracruz y luego en México. Tengo que volver a aquel infierno de contaminación. Volver a la decadencia, como dicen ustedes.

MANUEL: Si pudieras quedarte con nosotros. Eres tan buen mentiroso.

MARCELO: Eso se aprende con buenos maestros. Adiós, Ana. ¿Quieres saber una cosa? Me creí lo de tu corazón.

ANA: De verdad lo tengo muy débil, Marcelo. Oh, perdona, sigo llamándote Marcelo. Marcelo, ¿de veras no te gusta ese nombre?

MARCELO: Me gusta tu nombre, Ana. Suena a... no sé... ¿a quejido?

MANUEL: Adiós, Marcelo. Tu mochila verde.

MARCELO: Adiós.

ANA: Buen viaje.

MARCELO: Ah. Si un día me ven otra vez por la calle no me llamen. No me reconozcan. No seré Marcelo otra vez.

MANUEL: Por los siglos de los siglos.

MARCELO: Nunca.

ANA: ¿Nunca jamás?

MARCELO: No.

ANA: ¿Quieres saber otro secreto sobre nosotros?

MARCELO: Si pueden decirlo y si no es otra mentira.

ANA: Yo no me llamo Ana.

MANUEL: Ni yo Manuel.

MARCELO: ¿Cómo se llaman entonces?

ANA: Oh, disculpa, eso no debes saberlo.

MANUEL: Para el próximo Marcelo nos llamaremos de otra manera y así...

ANA: Y así nos ilusionamos y tenemos nuestro propio teatro.

MARCELO: Están locos. ¡Qué par de locos, dios mío!

ANA: Adiós.

MARCELO: Adiós.

MANUEL: Adiós.

CUADRO XXVI

MANUEL: Estás temblando.
 ANA: El jardín. Mira el ciruelo. Hay una brisa blanca.
 MANUEL: No es por el jardín. Tienes miedo y te sientes sola, ¿verdad?
 ANA: Siempre tengo miedo.
 MANUEL: Deja que te abrace. Una vez más.
 ANA: No hace falta. Deja.
 MANUEL: Ven.
 ANA: Qué desolación, Manuel, qué desolación.
 MANUEL: Así, ¿ves? Ya estás más calentita, criatura.
 ANA: ¿Por qué se fue?
 MANUEL: ¿Qué esperabas? Tenía que irse. El espectador siempre se tiene que ir. Tú misma ayudaste con el final de la función.
 ANA: Se lo brindamos todo. Prefiere una terminal de trenes, una terminal polvorienta y sucia a nuestra casa. Es un malagradecido. Eso es lo que es.
 MANUEL: No lo ofendas ahora.
 ANA: Si yo no lo ofendo.
 MANUEL: No eres nada, debilucha. A ver esos mocos, esas patas de gallo. A ver. Cuando vayas a la carnicería no me compres carne ni de aquí, ni de aquí, ni de aquí...
 ANA: Quitá, torpe.
 MANUEL: ¿Cómo acabó el cuento?
 ANA: ¿El cuento? El reloj dio las doce campanadas y todo se jodió... Cenicienta recordó las palabras del

hada madrina: Ni un minuto más, ni un minuto menos. El vestido se trocó en harapos, el maquillaje en manchas de ceniza, la carroza de oro puro en una calabaza vulgar, los caballos en ratones...
 MANUEL: Era simpático. ¿No te parece?
 ANA: Hay que descansar. Quiero dormir un poco. Me pasaré toda la tarde durmiendo.
 MANUEL: Yo también estoy cansado, no creas.
 ANA: Lo que más me pesa es empezar de nuevo. ¡Esas colas de la tortillería!
 MANUEL: Y ese sol. Si por lo menos nevara de vez en cuando. Un eterno verano yucateco.
 ANA: ¿Compramos pescado otra vez?
 MANUEL: No. Hay que mantener la originalidad.
 ANA: ¿Qué busco?
 MANUEL: Conejo. Hacemos un conejo a la Wellington.
 ANA: ¿Y de qué nos disfrazamos?
 MANUEL: Lo pensaré. Tal vez de isabelinos. No sé.
 ANA: Vamos a buscar un pelirrojo.
 MANUEL: ¿Marcelo con el pelo rojo? No se me había ocurrido.
 ANA: No es tan mala idea. Dicen que son ¡violentos! Vamos a probar.
 MANUEL: Si no encontramos alguno hacemos un sorteo y ya. A quien le toque.
 ANA: ¿Qué día es hoy?
 MANUEL: Sábado.
 ANA: Quiero decir: a cuánto estamos.
 MANUEL: No sé. El calendario...

SALVADOR LEMIS

ANA: No importa. Está bien. ¿Es sábado?
MANUEL: Ahá.
ANA: Pareciera que los días van hacia atrás.
MANUEL: Sería bueno volver a la niñez.
ANA: Jugar por las tardes con Marcelo. Ir a Izamal...
MANUEL: Encaramarnos en la mata de ciruelas y dispararnos con pistolas de mentiritas.
ANA: Mañana intentaremos subirnos otra vez. ¿Quieres? Yo busco una escalera.
MANUEL: Hace tantos años que no me subo a un árbol.
ANA: Podremos alcanzar esa ciruela.
MANUEL: Creo que está verde todavía.
ANA: Verde. Mejor esperamos unos años más. Terminará por madurar.
MANUEL: Seguramente.
ANA: Verde. ¿Sabes qué es la vida, Manuel?
MANUEL: ¿Qué es?
ANA: La vida... es ir posponiendo el suicidio.

La ciruela se estrenó el 27 de febrero de 2005 en el teatro "40 Grados Escena Sur" de Monterrey, Nuevo León, con el siguiente reparto:

ANA: **LIGIA BARAHONA**
MANUEL: **JORGE CHABLÉ**
MARCELO: **PABLO HERRERO**
SALVADOR,
ÁNGEL BLANCO: **OSWALDO GARCÍA
FERRER**
SALVADOR,
ÁNGEL NEGRO: **ULISES FIGUEROA FRANCO**
SALVADOR: **OSWALDO GARCÍA
FERRER / ULISES
FIGUEROA FRANCO**

DISEÑO DE
PUESTA EN ESCENA
Y DIRECCIÓN: **SALVADOR LEMIS**
ASISTENTE DE DIRECCIÓN: **ALEJANDRA ARGOYTIA**

La ciruela se terminó de imprimir el 7 de noviembre de 2005 en Expertos en Impresión, S.A. de C.V. La tipografía de interiores se realizó en Times New Roman en 11 puntos. La corrección estuvo a cargo de José Luis Herrera. La edición consta de 3 000 ejemplares.

Durante los últimos veinticinco años gran número de poetas, narradores, dramaturgos y ensayistas han enriquecido y transformado nuestra tradición literaria. Se trata de escritores originales y activos, cuyas obras —parte fundamental del panorama de las letras mexicanas— merecen ser mucho mejor leídas y conocidas. La colección "La Centena", en sus vertientes de narrativa, poesía, teatro y ensayo, está dedicada a recuperar esas obras significativas y a valorar a sus autores.



Salvador Lemis nació en Holguín, Cuba, en 1962. Egresó del Instituto Superior de Arte de La Habana. Reside en México desde 1991 y tiene nacionalidad cubano-mexicana. En 1996 recibió el Premio Estatal de Poesía de Quintana Roo. Fue asistente de dirección y escritor de telenovelas. Entre sus obras, algunas estrenadas en diversos países, se encuentran *Tres tazas de trigo*, *Micaela*, *El niño de cristal* y *La cebra*. *La ciruela* recibió el Premio Nacional Obra de Teatro en 1996 y tiene la consistencia de los buenos frutos, resistió el tiempo y ahora se publica por primera vez.



9 789703 508518

EL MILAGRO

CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES